

LA FACTURA SIGUE SIENDO DEMASIADO ALTA

Uno de los países más violentos del mundo. Lo hemos oído varias veces y por momentos parece que nos acostumbramos a escucharlo. Cuando una de las periodistas terminó de reportear un tema que aquí les presentamos me dijo “vivo en una burbuja” y creo que tiene razón.

LA PRENSA GRÁFICA publica hoy la séptima edición Blanco y Negro, Todos contra la Violencia, y estamos seguros que

el ejercicio de reflexión que esta iniciativa persigue sigue siendo muy necesario en medio de una sociedad que parece acostumbrarse al alto promedio de asesinatos.

Para muchas familias los textos aquí publicados serán una más de las historias que escuchan en el diario vivir, a otros quizás les asombre, pero lo que no podemos permitir es volvernos insensibles, como asegura un psicólogo en estas pá-

ginas. Lo que muchas familias viven en el día a día es solo de restar. Y hay que hacer algo, algo más que quejarse, algo más que arrestar a los delincuentes, algo más que construir cárceles... Y lo dice la gente en esta entrega especial apenas como un reflejo de lo que ocurre en el diario vivir.

CLAUDIA RAMÍREZ,
SUB JEFE DE INFORMACIÓN

HASTA NUNCA, VILLA LOURDES

En ciudades como Villa ni los que fueron formados para brindar seguridad pueden salir librados. Ahí se tejen historias amargas. Los protagonistas de cuatro de esas historias no necesitan una calculadora para hacer un recuento de la violencia. Su caso es de puro restar: menos vivienda, menos familia, menos trabajo.

Mire el discursito que nos dedican, me dice. Sin soltar el fusil, señala un muro blanco. “Fuck the police”, leo en la fachada de una calavera de ex vivienda. Estamos en Villa Lourdes, un manojito de mil casas ubicado en el municipio de Lourdes, La Libertad. Cuando Villa nació, alguien la apodó como la colonia de los policías y de las enfermeras. Ahora, policías vivos viviendo ahí quedan pocos, muy pocos.

Hace 15 noches conocí a Roberto, a Patricia, a Lourdes y a René. Fue entonces que decidí buscar casa en Villa. Encontré 36 disponibles en el menú del Fondo Social de la Vivienda (FSV). La que está en mejores condiciones cuesta \$13,000, para alguien con un salario de \$400. Eso sí, hasta el papel te advierte que esa es una casa con “riesgo moderado”. Si quiero una de \$4,000 tendré que hacerme a la idea de quedarme bajo un techo con etiqueta de riesgo alto.

Después de cotizar, le dije al encargado de una inmobiliaria que estaba interesada en la de \$8,000. Le pedí que me la mostrara. “A Villa no entramos”, me contestó. No son los únicos. A los pasajes de Villa no entra cualquiera. No llegan los repartidores de pizza, los de pollo, ni los cobradores. Quien pide comida rápida a domicilio tiene que salir al tanque, ubicado en las afueras, a esperarla.

El policía que me ha traído a conocer Villa este lunes, el mismo que me enseñó la pared con la dedicatoria, sospecha que el listado del Fondo se queda pachito en comparación con este mar de esqueletos de cemento que vamos encontrando durante el recorrido.

Antes de conocerlo a él, conocí a cuatro desconocidos en algún lugar de San Salvador. Estábamos sentados en un círculo, como si aquello se tratara de una terapia para alcohólicos anónimos. Entre ellos se conocen. Los unió la misma colonia que después los separó. Después de las 10 de la noche, uno a uno se animó a ir tomando la palabra. Esto es lo que contaron:

LA PRIMERA VEZ

Tengo el gatillo de su pistola a unos centímetros de mi sien. El que me apunta tiene toda la cara rotulada. Lo conozco. Es del barrio. Me está pidiendo mil dólares. Los quiere para la otra semana. Vino acompañado. Es la 1 de la mañana de un día de enero de 2008. Estoy hincado en la sala de mi casa. Y mi mujer y mi hija de ocho años están frente a este matadero. Esta madrugada no me matará, porque me dará periodo de gracia. Llámenme Roberto. Soy comerciante. Viví en Villa Lourdes. Fui extorsionado.



Yo sabía que estaba en la boca del lobo. No ignoraba que vivía dentro de los 25 municipios más peligrosos de país. La Policía lo sabía de sobra. Había agentes del puesto policial de Campos Verdes que recibían \$300 para avisar a los pandilleros de los operativos. La regla que les imponen es cooperar o morir. Los agentes de la PNC tienen que decidir entre hacerse los del ojo pacho o que les maten a la familia.

Viví varios años renteadito, haciéndole más de algún paro a los pandilleros de la zona, a algunos me los podía desde chiquitos. Mis contribuciones iban desde los \$5 a \$10. Bien dicen que si les das la primera vez, ya te agarraron... pero ¿quién te asegura que si no les das, no te van a hacer nada?

Así pasé por largo rato, pero un día... cometo el error de remodelar mi casa. Ellos notaron que le empecé a hacer mejoras y creyeron que estaba bañado en pisto.

“Roberto, están armando el paquete para matarte. Hay un marero que les está dando carreta a los demás para que te den vuelta”, me había advertido un vecino una semana antes.

Dicho y hecho. Ahí los tenía apuntándome, uno en cada lado, porque no era solo uno. Eran dos. Y a la 1 de la mañana, ¿De dónde sacaba yo mil dólares? Mi mujer sacó \$40 de la bolsa. Ellos los agarraron, se llevaron un juego, unos celulares y un DVD. No dormimos esa noche.

Ocho días después regresaron a reafirmar la advertencia. Llevaban el número de cuenta donde yo debía hacer el depósito. Esa noche entendí que si no

me iba, estaría aceptando mi sentencia de muerte.

Salimos de madrugada sin que nadie nos viera. No podíamos buscar casa cerca, porque nos podían tachar de sapos. Los de Villa tienen prohibido mudarse para las colonias de Lourdes donde controla la pandilla contraria. El que cruza esa línea muere por presunto soplón.

La noche que abandonamos Villa nos tocó dormir en un hospedaje. No habíamos cumplido 15 días de habernos ido, cuando ya la habían desmantelado. Le quitaron todo: el techo, las ventanas, las conexiones eléctricas, la cerámica. Esas casas más chulonas no pueden quedar.

Intenté alquilar, vender, incluso prestar, pero nadie quería esa casa. Después de varios intentos, me tocó devolvérsela al Fondo, porque ya no podía más con las jaranas. Perdí los seis años que le había abonado y también lo que pagué por la compra del derecho. Hice una escritura de dación en pago.

Este Gobierno y los anteriores están tan equivocados. Yo diría que el 95% de homicidios son de mareros. Lo que pasa es que ellos se amparan en esos programas de inclusión social para hacerles creer que están cambiando. Y con eso de la inclusión no le están haciendo ni cosquillas a ese monstruo. Si usted quiere entender todo lo que de verdad está pasando ahí, véase todo El Cartel de los Sapos. Yo lo viví en carne propia. De mareros podría escribir un libro.

Me atrevería a decir que pandilleros estudiando para abogados, o abogados comprados por pandilleros, están leyendo estas páginas, de la misma manera que todos los días monitorean las noticias.

Continúa en páginas 4 y 5